

"una atención vigilante para el aspecto teórico del movimiento revolucionario del proletariado", pero, prolongando la referencia a ¿Qué hacer?, cabría advertir que ello exige una precisión y una transparencia constantes en los fundamentos teóricos y en los objetivos concretos de la labor teórica. Si estos últimos permanecen implícitos en el discurso, bien intencionalmente, bien por el enmascaramiento de los medios de exposición empleados, la libertad de crítica puede funcionar según el mecanismo del apólogo del pantano descrito por Lenin. Insistimos en que no es la sección de trabajos teóricos, sino la documental (con los sueltos) la que sirve de base a esta prevención. ■ ANTONIO ELORZA.

Samaniego: "El jardín de Venus"

Conocido por sus fábulas, el nombre de Félix de Samaniego aparece ahora rubricando un tipo de poesía de índole, en apariencia, completamente distinta. Poesía erótica y, sobre todo, de divertimento, de gracia grosera y fácil. Como bien informa Emilio Palacios en el prólogo al libro (1), este tipo de poesía circulaba bajo cuerda en los tiempos ilustrados, y ya fuese por temor al dictado de la Inquisición o por el de perder su reputación de hombres cultos y preocupados más de cuestiones de Estado que de veleidades de la carne, sus autores no se decidieron a inmortalizar sus nombres llevando sus festivas composiciones a la imprenta. Son, pues, composiciones hechas para ser leídas en tertulias de casino, cuando a los hombres, ya excluidas las mujeres, se les esboza una sonrisa de malicia.

Sin subvalorar sus méritos literarios, el mayor interés de tales composiciones pertenece al campo de lo social: lo curioso, lo anecdótico y, de todos modos, revelador de la mentalidad de una clase social —y un sexo, el que podía permitirse tales expansiones, ya fuese como inofensiva broma, y siempre con ciertas precauciones—.

El tono con que han de tratarse estas materias es, indudablemente, el de la broma, como muy bien señala E. Palacios,

(1) El jardín de Venus. Félix María Samaniego. Ediciones Siro, S. A. Madrid, 1976.

pues por la conversión de Eros en objeto de risa, burla y jocosidad, la carga erótica se alivia, se disuelve. El mismo tratamiento constituye una forma de moralismo. La permisividad del chiste, como es bien sabido, no implica la correspondiente discusión, la menor puesta en cuestión, de la materia que lo provoca. La forma redime al contenido, trivializándolo y descargándolo de sus aspectos problemáticos. Seguramente han sido los dictadores quienes más se han reído de los chistes a ellos dedicados.

Resulta de interés sociológico el estudio de la "ideología" de tales composiciones salidas de la pluma de un hombre, y hombre ilustrado, pues llevan en sí, quiéranlo o no, dos notas: sexo y clase social.

La mujer, que aparece pintada con plena capacidad gozadora y deseosa en todo momento de participar e iniciar el juego erótico, valora al hombre en función del tamaño y resistencia de su miembro reproductor. (Parece innecesario subrayar el tópico.) El erotismo es, sobre todo, manifestación de la virilidad masculina. El onanismo aparece condenado, el homosexualismo se castiga: son poemas con escarmiento final.

Los frailes y las monjas protagonizan buena parte de las composiciones. El resto son hombres y mujeres pertenecientes al pueblo llano; por eso pueden describirse sin inhibiciones y se les concede a ambos un papel activo y resueltamente gozador.

La idea común subyacente a todas las composiciones es que lo natural no puede suprimirse y que el acto sexual pertenece a las necesidades básicas del hombre y la mujer. Hay cierta reivindicación de la Naturaleza aun cuando se someta y restrinja a las reglas convencionales. Se permiten y se ensalzan —en la medida del chiste— las relaciones eróticas hombre-mujer que llevan a una consumación del acto sexual, y se ensalzan —en la misma medida del chiste y al mismo tiempo, mitificándolos— los atributos sexuales masculinos.

Coplas eróticas y moralistas al fin y al cabo, en las que se refleja la mentalidad dominante que impregnaba las risas de las reuniones de casino de los ilustrados y que nos muestran su otra cara, espejo de convenciones y represiones, aspiraciones y deseos incontrolados. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

Comte, el padre negado

"Una ciencia que titubea en olvidar a sus fundadores está perdida", escribió en cierta ocasión Whitehead. En vano tratarán, sin embargo, los Merton, los Parsons y demás sociólogos funcionalistas de minimizar el legado del padre Comte. De una forma u otra, el autor del "Curso de filosofía positiva" está presente a lo largo y a lo ancho de toda esa sociología del consenso. Como lo está también en esa nueva orientación cibernética y anticipatoria que es la "teoría de los sistemas" con la que los grandes "think tanks" de las Universidades norteamericanas buscan domesticar el futuro.

La diferencia fundamental, explica Martín Serrano en su breve relectura de Comte (1), es que la sociología del padre representa la visión del mundo de una clase en ascenso que intenta ampliar y consolidar su hegemonía. Se trata de un proyecto de sociedad, de un programa de acción para uso de la burguesía industrial.

Los herederos de Comte no son capaces de exponer sus móviles profundos con la misma falta de empacho mostrada por Comte. Sin embargo, a poco que escarbemos en su obra encontraremos la misma veta ideológica, el mismo modelo de sociedad tecnocrática y autoritaria.

Frente a Comte, que miraba hacia el futuro con la seguridad propia de quien sabe que camina en el sentido de la Historia, sus modernos epigonas se batan hoy

(1) Comte, el padre negado. Orígenes de la deshumanización en las creencias sociales. Manuel Martín Serrano. Editorial Akal, Madrid, 1976.

a la defensiva. De ahí que sientan la necesidad de apelar a la "cientificidad" y "neutralidad política" de un método que ya no tiene otro objetivo que el de legitimar y consolidar el "statu quo".

Como es sabido, Comte atribuía a la sociología una función claramente mediadora entre las aspiraciones sociales y la práctica política.

Frente al poder disgregante de la crítica, germen de descomposición y de desorden, el método positivo, propio del tercer estado, permitirá un control cada vez más eficaz de la sociedad. La razón instrumental debía sustituir a la razón objetiva, y todo —incluida la propia autonomía individual— había de subordinarse al objetivo único de la productividad.

Siguiendo esa orientación tecnocrática, los funcionalistas ven también en la sociología un instrumento eficaz de integración y de control y, por lo tanto, de refuerzo del "establishment". Para ellos no existen los antagonismos o las contradicciones estructurales. Si algo no marcha como es debido en el cuerpo social, se trata evidentemente de un simple desajuste funcional que habrá de remediar por medios "técnicos". De ese modo, el sociólogo es sencillamente el especialista encargado de lubricar los engranajes chirriantes de la gran máquina social. Un especialista al servicio de una clase que trata de ocultar su carácter de tal.

El programa de acción de Comte debía permitir a la burguesía industrial alcanzar el dominio completo del aparato del Estado. Hoy el funcionalismo se propone tan sólo, bajo una apariencia de objetividad, reproducir esas instituciones. Frente a la

